

¿SIN TESIS? LA AUSENCIA DE TEXTO

Blanca Liliana Fenoy

Nada nuevo bajo el sol. (Eclesiastés)

La única certeza: Sí, es cierto, tú mueres. La muerte misma, verdadera comunidad de los seres mortales. (Bataille)

Escribir filosofía parecería ser, en mayor o menor medida, leer, releer, interminablemente los mismos textos. Escribir, reescribir interminablemente lo mismo, con el pretexto de buscar la comprensión, la recuperación, la diferencia, la destrucción, la desconstrucción, la superación, la crítica...

Repetir para no repetir o repetición de lo mismo.

Nietzsche y Heidegger se habrían dedicado particularmente a esta tarea. Mostrar cómo en la aparente diversidad se estaba siendo tributario del mismo pensamiento. «Acusación» que a su vez Heidegger aplica a Nietzsche¹ y que a su vez, probablemente, nosotros podríamos aplicar a Heidegger, ya que parecería que esa es «ahora» la pregunta «interesante». Ya no la pregunta heideggeriana sobre la cosa o el olvido del ser, sino lo que se repite en la pregunta misma, la pregunta por la pregunta. Círculo sobre el círculo, rizo sobre rizo hasta el cierre mismo de la circularidad.

De cualquier forma Heidegger habría esbozado como límite el tope del lenguaje filosófico, lo que este lenguaje no puede decir... pero ¿hay otro?²

Heidegger plantearía, por un lado la repetición ineludible: «la tradición hace inmediata y regularmente tan poco accesible lo que transmite que más bien lo encubre»³, o «cuando se pretende acabar con las ilusiones seculares no se hace más que rumiar ideas heredadas, sin apelación, bajo el peso de la sentencia de la historia»⁴. Y por otro lado la interrogación, como posibilidad de dominación de lo que se repite: «sólo de ese modo dominamos lo que de otra manera avanza sobre nosotros con su naturalidad cotidiana»⁵.

Sin embargo, podríamos plantear que en la concepción heideggeriana del len-

¹ Nietzsche seguirá siendo «metafísico» en su intención más íntima, intención que seguiríamos encontrando en Heidegger, y así hasta el infinito. ¿No hay corte posible entonces?

² En realidad lo que permite introducir es el tema, ya no sólo del lenguaje sino, de la escritura.

³ M. Heidegger, *El Ser y el Tiempo*, Méjico, F. C. E., 1982, p. 31.

⁴ M. Heidegger, *Nietzsche*, Pfullingen, 1961, vol. 1, p. 117.

⁵ M. Heidegger, *La Pregunta por la Cosa*, Buenos Aires, Alfa, 1975, p. 43 y, por su puesto, también a lo largo de prácticamente toda su obra.

guaje, es decir lo que permite y vehiculiza la pregunta, habría «faltado» realizar el pasaje entre el discurso y el atravesamiento del discurso, (pasaje que realizarían por ejemplo Freud o Lacan), es decir, el pasaje del *Dasein* al *parlêtre*. Heidegger habría conseguido desconstruir el nivel empírico tradicional: *somos seres hablantes*, para decir *habitamos el lenguaje*, es decir que estamos expuestos a la incidencia de todos sus elementos. Pero no habría conseguido vislumbrar lo que ya estaba en el espíritu de su época (en Freud y también ya, en gran medida, presente en Nietzsche) por su concepción del *Dasein* cerrado a la mirada del otro (como por ejemplo plantea Levinas) y no contemplando su división subjetiva (Freud): que no solamente habitamos el lenguaje sino que *somos hablados por el lenguaje*, es decir que algo de la palabra va más allá de nosotros, que estamos expuestos y el lenguaje nos atraviesa, habla a través de nosotros.

Cuando decimos algo, fuera de mi intención, de mi saber, agregamos un elemento más y es que algo del cuerpo está afectado y en ese afectarse se me escapa.

Lo que introduce la pregunta-respuesta por lo imposible.

La posibilidad-imposible de Zarathustra, el atravesamiento del *Dasein* por un discurso (expresado en enunciados diversos) que son la eterna repetición de lo mismo: la nada recubierta por palabras.

Planteo ético y estético ya que son los falsos pasos del conocimiento los que nos envían a una serie de acciones dirigidas a no reconocer. Ajenos, sonámbulos, lejanos, desentendidos de los límites, por que hay algo necio que empuja a decir, a hablar, necesidad de la envoltura narcisística que se mira en el espejo de la nada sin reconocerse.

Circunscribiendo todo esto, al molde, el bloque, la dureza, el tope, el límite del lenguaje, y la imposibilidad de *otro* lenguaje, *otra* escritura que pueda no repetir.

Si lo entendemos así, la tarea quedaría enmarcada en los límites de lo imposible del desvelamiento de la tradición, en los límites de la posibilidad de variación, de la ilusión de la posibilidad de la no repetición de lo uno y mismo, por que de lo que se trataría en la repetición no sería ya, solamente, de la envoltura secundaria de la cosa, (que es el desecho), sino de lo que esa envoltura está tapando y que transforma la tarea en metafísica en su intención más íntima, por más que se diga que son «los otros» los que no han conseguido romper con la tradición y que cada uno por sí lo ha conseguido.

Algo se escribe silenciosamente a gritos. Se afirma en la contradicción de la neurosis, y el grito silencia la escritura que se dice. Vueltas, circunferencias cerradas alrededor de la nada a decir del fantasma. El fantasma que recubre la vaciedad de la cadena. Por eso la tarea sólo se justifica en la ausencia y el olvido de sí, esta tarea no está justificada, son sólo intereses despilfarradores o la búsqueda de algo perfecto-espejismo que salga de mí y cierre esta herida... para dominar... pero ¿que?

Tendríamos, entonces, dos niveles de repetición: la envoltura secundaria de la cosa, el desecho, que encubre la voluntad fuerte de hacer callar (el peso de la academia, de la autoridad, de la historia, del poder como voluntad de dominio) y, por otro lado, la nada que a su vez queda recubierta por ese discurso.

En ambos sentidos, entonces escribir filosofía es escribir sobre lo mismo: no sólo en el sentido de la repetición de un discurso que quiere dominar o es apropiado

para la dominación. Con-vencer, vencer-con, ¿con quién?, por que pareciera que siempre hay una voluntad fuerte de hacer callar, ¿a quién?, tapar la boca, ¿de quienes?⁶

Sino también, en el sentido que iría a contrapelo de este discurso superficial y en el que se pone de manifiesto que las variaciones serían meras ilusiones transitorias, estilísticas de la eterna repetición, lo que permite poner en escena la doble vaciedad del discurso del poder y equipararlo a todos los discursos.

¿Qué es lo que se repite, o mejor, qué es lo que no cesa de repetirse a pesar de? ¿qué es lo que eternamente está retornando?... la nada y con la nada la obturación de la eterna nada, Freud la llamó la pulsión de muerte, atravesamiento de un discurso que no puede personalizarse, palabras, letras, escritura que pueden ser puestas en boca-texto de cualquiera⁷. Repetición, en suma imposible, de un texto imposible, ya que aquello que se quiere decir es lo que no puede ser puesto en palabras.

Esta puesta en escena de la pulsión de muerte, es decir, poner nombre a lo que no puede nombrarse, nos enfrenta con la ausencia (o mejor con la imaginariad de la presencia) de un texto que pretenda decir algo⁸.

Esta destrucción de los niveles explícitos del decir, esta duplicación de la pregunta, es decir, la pregunta sobre la pregunta por la cosa o el ser⁹, hace necesaria la distinción, que tampoco realizaría Heidegger quizás por «quedarse todavía en» Kant, entre dos niveles del conocimiento: el del *saber no sabido o saber Otro*, que es el saber que se repite en la pregunta, el que hace repetir y a su vez ser escrito por el texto, el que expresa la división subjetiva; y el nivel de lo que podríamos llamar, para diferenciarlo de este saber inconsciente, *conocimiento*, la representación imaginaria de lo posible del todo (el individuo, el sistema, lo completo, lo esférico), el discurso vacío pero que se autoriza como verdad a ser impuesta.

El problema del conocimiento implica correr la pregunta: el tema no es qué puedo conocer, referido a la totalidad o lo posible, (ir, andar, caminar, moverse, no

⁶ No es necesario decir que los niños, los pobres, las mujeres, los negros... es decir, todos los que no forman parte del discurso, saben muy bien a quien se dirige la voluntad de hacer callar.

⁷ En el sentido que Lacan da al discurso: estructura necesaria que excede las palabras y que puede ser inscrita en el marco de ciertos enunciados, lugares vacíos ocupados por sujetos vacíos, pero que, y esto es lo importante, dependiendo de los lugares que ocupen, van a determinar relaciones de poder y dominación. De lo que se trata entonces, es de denunciar la vaciedad del discurso de aquel que detenta el poder y que pretende tener un discurso justificado.

⁸ Con la ausencia (o la presencia meramente imaginaria) de los individuos, como dice Blanchot en *La Communauté Inavouable*, (Minuit, Paris, 1983, p. 36): «término tomado del liberalismo ordinario, el ser aislado es el individuo y el individuo no es más que una abstracción», lo que implica a su vez destruir los límites de la identidad totalizadora de la obra o de la individualidad de las firmas. Identidad, espejismo de la unidad, por eso el amor es la búsqueda de la completud a partir del no reconocimiento de la incompletud de la diferencia sexual.

⁹ Heidegger en *La Pregunta por la Cosa* interroga a la pregunta: «cuando en apariencia preguntamos en forma natural y desprejuiciada por la cosa ya hay en la pregunta un prejuicio sobre la cosidad de la cosa. La pregunta es histórica» (*op. cit.*, p. 43). Heidegger está planteando el problema de la circularidad ineludible, pero es su concepción del lenguaje, del sujeto lo que le impide terminar de cerrar el rizo, es decir plantear el atravesamiento mismo del lenguaje en la posibilidad de la pregunta.

parar, compulsión del movimiento), sino por qué cuando conozco desconozco, por qué sólo en mi desconocer, en mi falta o carencia, en mi olvido es cuando puedo lograr un punto posible de conocimiento que no sea el conocimiento vacío y superficial, conocer otro que sin embargo no es un conocer sino la nada que se resume en un espejismo, (esto, ya lo dijimos, no es tomar la tradición platónica del falso conocer de los seres dentro de la caverna, sino que dentro de ella misma, llamando desde dentro, producir los golpes).

Conocer desconocer es abandonar la certeza, el espejismo interpretativo para re-conocer-desconocerse en el abismo, la señal de lo uno y mismo repetido infinitamente, indefinidamente: sexualidad, muerte, saber¹⁰.

¿De qué saber estamos hablando? Y a su vez, este saber, ¿qué tipo de sujeto y de objeto implica? ¿Qué tipo de texto y de escritura?

Ya no simplemente el *Dasein* heideggeriano: «El *Dasein* es en su ser fáctico, en cada caso, como ya era y «lo que» ya era. Expresamente o no, *es* su pasado», es decir que «está envuelto en una interpretación tradicional y se desenvuelve dentro de ella»¹¹, de allí la tarea de re-preguntar a la tradición. Sino el *parlêtre* el cual lo que va a encontrar en el re-preguntar al pasado es el no-saber como expresión de la supuesta puesta en juego, originada por la insuficiencia y la falta de plenitud humanas. El no saber es el saber ante el que la razón ha situado la negación. En términos de Blanchot¹²: «El hombre se pone a la tarea a partir de la situación en la que no conoce de sí mismo y de los demás más que una abrumadora ausencia, lo que lo convierte en un ser totalmente pasivo». Sutil corrimiento de la posibilidad a la imposibilidad. «El único empleo posible de la razón es expresar los valores de las creencias en el lenguaje de la imposibilidad».

Inversión de términos: sólo cuando me desconozco es cuando dejo caer los espejismos del conocer: reconocimiento (imposible) del desconocimiento. No hay conocimiento falso ni verdadero, sólo reconocimiento del desconocimiento¹³.

¿Cuál es el saber de la pulsión de muerte?: lo que hace repetir, lo que hace ser escrita por otro, la ausencia de la posibilidad de la representación.

¿Cuál es el conocimiento?: el intento (fallido) de obturar la repetición, la representación imaginaria de lo posible, el discurso del poder.

Desde el origen lo absoluto de la relación fue pervertido, entonces la tarea ya no consiste en el hacer, en el decir, sino en lo imposible.

El tope, el único tope es la muerte, la tarea siempre ha sido un recubrimiento de esa nada, substitución, metáfora, metonimia, conocimiento del vacío. Sólo hay una palabra, como dice Bataille: silencio. Pero, ya lo sabemos, el último ejercicio del mudo es la escritura, esta te vence.

¹⁰ Desconocerse implica reencontrarse en el abismo de un segundo, ser ese gran desconocido que de repente nos encuentra.

¹¹ M. Heidegger, *Ser y Tiempo*, op. cit., p. 30.

¹² M. Blanchot, *Falsos Pasos*, Pre-textos, Valencia, 1977, p. 8.

¹³ Desconocida de mí, atravesada por mi desconocimiento, sin nada que me llene, sólo la muerte... tardía.

Escribir sobre nada, no sobre la nada, sino sobre nada. Vaciar la escritura de contenido, como el vacío de la palabra cuando se dice para no decir nada. Ejercicio que implica una negación de su justificación (pero, ¿cómo evitarlo?). Escribir sólo contradiciéndose, blanco sobre negro, negro sobre blanco, muerte que se niega a sí misma. Escribir citándose, repitiéndose, sin mostrarse, re-velándose, volviendo a velar.

La tarea consiste en cambiar de tarea. La tarea borgiana¹⁴: yo no puedo escribir lo mismo aunque siempre escriba lo mismo (la aparente historicidad de la diferencia), la escritura con su particularidad de lo irrepetible. Repite pero en el mismo repetir es irrepetible porque es indecible y lo que dice en esa indecibilidad queda excluido de la posibilidad de repetición. Las trampas del decir y la escritura, pero a su vez la ficción borgiana en espejo: no se puede escribir otra cosa que lo mismo... (nada) salvo que se escriba sobre lo mismo (de la escritura y por encima de la escritura: Mallarmé, Lautreamont, Bataille...) repitiendo la re-petición de la pregunta, a distancia de la distancia, alejados-cercanos de esos velos múltiples que nos producen un sueño mortal, en el doble juego que implica «no tener nada que escribir ni medio alguno para escribirlo y sin embargo estar obligado a escribirlo en todo momento», sabiendo que «la escritura coincide plenamente con su nada de expresión»¹⁵ ...

El sujeto representado por su ausencia, el mundo las cosas el saber simples señales del vacío. «Se puede morir al imaginar perdido cualquier objeto y en ese escalofrío mortal que se experimenta al darse cuenta también que ese objeto no es nada, no es más que una cosa intercambiable, una ocasión vacía»¹⁶.

Sin embargo, necesito que alguien (el lector) me autorice en el sentido de la vaciedad de mi escritura. Comparta en la ausencia de sentido el sentido de mi ausencia. «Carece de los órganos necesarios para vivir con los demás y consigo mismo. Sin embargo, el monstruo de la desolación necesita de la presencia de algún otro para que tenga sentido»¹⁷.

Ausencia de objeto, imposibilidad de la escritura. En términos de Blanchot: ¿qué pasa con esta posibilidad que está siempre comprometida con su imposibilidad, que sólo puede nombrarse defectivamente?

El sujeto es un vacío recubierto por un fantasma.

El goce es el secreto a desentrañar por el sujeto.

El fantasma es lo que recubre el goce. El producto (la tarea) es el desecho del fantasma.

El objeto es el espejo en el que se refleja la nada.

Creer es descubrir el sinsentido y morir es aceptar la vida.

Bataille va a decir: en la base de cada ser existe un principio de incompletud, de insuficiencia... el exceso de falta y por falta es la exigencia jamás satisfecha de la insuficiencia humana.

¹⁴ J. L. Borges, «Pierre Menard. Autor del Quijote» en *El Jardín de Senderos que se Bifurcan*, Buenos Aires, Sur, 1942.

¹⁵ M. Blanchot, *Falsos Pasos*, op. cit., p. 9.

¹⁶ M. Blanchot, *La Risa de los Dioses*, Madrid, Taurus, p. 56.

¹⁷ *Ibid.*

El planteamiento de la ausencia supone el enfrentamiento a una tradición caracterizada por la interpretación del ser como presencia, o en su defecto por el pensamiento de la imagen, que desembocaría en el mismo camino al pensamiento de la representación. Heidegger en su «Introducción» a *El Ser y el Tiempo* ya planteaba el pensamiento de los griegos como el pensamiento de la presencia (*Anwesen*), el mundo era en primer lugar presencia. «El ente se concibe, en cuanto a su ser como «presencia», es decir, se le comprende por respecto a un determinado tiempo: presente»¹⁸. Posteriormente con el platonismo se anuncia la determinación del mundo como imagen (*Bild*) que determinará la posibilidad de pensar el mundo como representación (*Vorstellung*). Cuando Heidegger (en *La Epoca de la Imagen del Mundo*) trabaja la *Vorstellung* va a hablar de la modernidad como la sociedad de la productividad, de la representación y el espectáculo, es decir la relación de ésta *presencia* con una presunción eminentemente filosófica en la representación: la presunción de que una presencia se reencuentra.

Sin embargo, el planteo de la ausencia implica la pregunta por lo que pasa con lo im-presentable o con lo irrepresentable (la muerte, lo mudo, la ausencia), los límites de la representación o de lo irrepresentable: la destrucción de los límites de la identidad totalizable en el fondo de su ilegibilidad.

Esto no implica la «inactividad como ideal» ni la negación de toda acción ética, en una especie de reconciliación con lo existente (como podría hacer creer, por ejemplo, cierta lectura de Habermas), sino, por el contrario, la reformulación de todo proyecto político en la denuncia fundacional de sus espejismos. Sólo aceptando la ausencia de comunidad (la comunidad inconfesable, como la llama Blanchot), la imposibilidad (o mejor el proyecto político burgués en el que se inscriben las éticas individualistas o «la comunidad ideal de diálogo» que dejan automáticamente fuera a todos los que son irrepresentables porque no formarían nunca parte del diálogo, ya que no tienen palabra, no forman parte de ningún discurso o simplemente porque en este sistema no llegan a constituirse como individuos). Sólo a su vez, partiendo de la falta de sustentación de cualquier discurso del poder, es decir de la destrucción de esos discursos, ya que no tienen palabra. Sólo así es que podemos empezar a plantar, en la incomensurable diferencia, la igualdad de la ausencia, único lugar en el cual *todos* participaríamos: no de la comunidad ideal sino de la ausencia de esa comunidad. Simplemente un posible encuentro en el vacío del otro, sabiendo de la ineludibilidad de las máscaras, pero también lo que estas recubren. Proyecto político que hace necesaria la continuidad de las luchas fragmentarias: feministas, tercermundistas... es decir, de todos aquellos que no forman parte del discurso, que no son, porque no forman parte de los que siguen queriendo hacer creer que la razón, el diálogo, la comunicación pueden lograr el consenso. La utopía: se trata de destruir los discursos de los que apoyándose en una pretendida continuación del proyecto ilustrado, lo que hacen es seguir haciendo callar, en su intento de negar la nada que se repite en su discurso pero que les permite justificar el ejercicio de la dominación.

¹⁸ M. Heidegger, *Ser y Tiempo*, *op. cit.*, p. 36.

«Si ve a su semejante morir, un viviente no puede subsistir más que fuera de sí» (Bataille). Con respecto a esto Blanchot va a decir: «No mi relación conmigo mismo como finito (acabado) o como consciencia de ser ante la muerte o por la muerte, sino más bien la presencia de otro (alguien) en tanto que ese se ausenta muriendo. La conversación muda que, teniendo la mano de otro que muere, «yo» tengo con él, no la sigo simplemente para ayudarlo a morir, sino también para compartir la soledad del acontecimiento»¹⁹. Ser insuficiente con lo excesivo.

La repetición, entonces, no es la superficie, lo visible, como parece haberse pensado, no es solamente el bla, bla, bla, (que también se repite como el disco rayado), la repetición trivial de la tarea aparente. Tampoco es la repetición de la tarea de la «cura» o de la destrucción de la tradición. La repetición de la pulsión de muerte es la que repite la nada de la repetición: lo que repite es la repetición, el *das Ding* freudiano, la cosa alrededor de la cual «algo» se ordena, la «ausencia» de Bataille o de Blanchot.

Lo anti-platónico: no hay imagen ante sí, no hay idea que representar, sólo ausencia, vacío o mejor recubrimiento de ese tope (la presencia, lo real) envuelto en lo interminablemente mítico del lenguaje. No retorno diferente a partir de una mirada de lo mismo sino retorno de lo mismo en un intento inútil, imposible de la diferencia.

El verdadero texto es la ausencia de texto, aquel alrededor del cual giramos sin poder nunca verdaderamente nombrarlo.

Yo me sueño a mi misma en el movimiento de mi mano. Me deslizo en la suave curva de lo escrito sin reconocirme, en el fugaz encuentro de un segundo y en la escritura de la angustia, la que enfrenta con la nada en la que me nombro como inencontrable. Círculos de arena, relojes de arena, mares de arena, lluvias de arena que cubran el sol, que broten del sol que oscurece, espejos solares que apagan la noche. Apagar la noche, olvidar la oscuridad, la eterna oscuridad.

El goce, la escritura, se presenta no pura y simplemente como la satisfacción de una necesidad, sino como la satisfacción de una pulsión, que ya hemos nombrado: la de muerte.

Blanca Liliana FENOY
Universidad Nacional de San Luis
(Argentina)

¹⁹ M. Blanchot, *La Communauté Inavouable*, op. cit., p. 21.